

San Antonio en Salsipuedes

SILVIA FERNÁNDEZ—RISCO

Desde que se fue a vivir con Yadira, el pobre anda de cabeza.

Se conocieron en la tienda del chino en Salsipuedes. Esa calle que desde hace años ha dejado de funcionar para el tránsito vehicular. En su lugar se encuentran estacionados los puestos de vendedores ambulantes, que no son ambulantes, siempre están ahí. Generación tras generación, bajo esos techos de lona en movimiento aferrados a postes y balcones como cometas de colores en la mano de un niño. Techos bailarines al son de la brisa marina que protegen del sol tropical y brindan la oscuridad necesaria para resaltar esas mercancías nuevas y usadas tan útiles y tan buenas para nada expuestas a los transeúntes. Bajo sus sombras se observan estantes con mesas atiborradas de libros cuyo dueño original escribió con letra bonita su nombre en la primera página interior y ahora lucen un muestrario de letras, tintas y comidas plasmados en cualquiera de sus hojas, como mantelito de papel en restaurante. Un espacio lleno de olores añejos: pescado frito, sudor concentrado, humedad, el mar. Todos se mezclan produciendo un cierto mareo en los visitantes

y los mercaderes no lo notan porque lo llevan pegado a la piel; es su propio aroma. Salsipuedes, calle con personalidad y alma propia que por más cambios que haya en la ciudad, se conserva igualita, como si no estuviera en la ruta del Tiempo. O tal vez pasó y se entretuvo curioseando. Una calle con historia e historias que se aferra a su esencia mercantil. Ahí está para recibir a quien desee encontrar cutarras, polleras, tembleques, velas para el amor o el mal de ojo, imágenes de la virgen o su santo favorito a las que le pedirán protección, bendiciones o algún favor muy particular, como el que necesitaba Yadira en su veintisieteavo aniversario.

Fue Zulema, la especialista en leer los ojos del corazón a través del iris, la que atiende a casi todos los habitantes del barrio, quien le recomendó comprar una imagen de San Antonio en *La Milagrosa*, ubicada exactamente en medio de Salsipuedes. Resaltó las cualidades del trabajo artesanal y exaltó los profundos conocimientos del dueño sobre esencias potenciadoras del poder de las imágenes. La predicción no podía fallar. Si seguía las instrucciones al pie de la letra, el deseo de Yadi-



ra, de conseguir un buen marido, se le concedería en menos de seis meses. Debía tener fe.

San Antonio, por su parte, venía de un largo viaje. Semanas en altamar apretujado entre ángeles y querubines, payasos, bailarinas, gatos y hasta brujas trasladados de China a Panamá. A últimas fechas, a causa del fenómeno de la globalización que afecta también al ámbito religioso, esos íconos de la fe cristiana y otros de diversas religiones son fabricados en ese país. De ahí se llevan a todo el mundo. Algunas veces traen papeles en regla e ingresan al país sin complicaciones, otras se tardan un poco más, pero siempre desembarcan aquí, haciendo pecar hasta al mismísimo San Antonio, por aquello de la entrada ilegal.

Gracias a eso, llegó a Salsipuedes sin mayor trámite y casi recién desempacado le dieron un lugar privilegiado en la tienda *El dragón dorado*, ubicada en Avenida B. A pesar del bamboleo marítimo, tenía sus facciones bien definidas, los ojos brillantes y las mejillas rosaditas, detalles que Yadira apreció cuando dejó de llorar y la esperanza le devolvió las fuerzas. Pero esto sucedió más tarde, cuando ella estaba por irse a su casa arrastrando un dolor tan grande y pesado que no le cabía en las bolsas del alma. El dueño de *La Milagrosa* le había dicho que en ese momento no tenía ninguna imagen de San Antonio y menos del tamaño requerido por ella. La mercancía importada se le había terminado y, por otra par-

te, el artesano local que se las hacía, estaba de viaje y regresaría en tres meses.

—¡Tres meses! No puedo esperar ese tiempo. Lo necesito ya. Busque, busque bien entre sus cosas.

El dueño se compadeció y fue a buscar en la bodega de atrás. Cuando regresó sin la imagen y moviendo la cabeza con un gesto negativo, Yadira lo vio y comenzó a llorar tanto que la humedad en Salsipuedes se elevó y el ambiente se hizo casi irrespirable.

—Mami no se ponga así, vaya a la tienda del chino, acaba de recibir mercancía de su tierra y a lo mejor vino también un San Antonio.

Yadira no lo escuchó porque su cabeza estaba llena del ruido de la desesperanza y las lágrimas le rodaban como una fuente inagotable de agua salina. La gente se empezó a arremolinar alrededor de ella formando un tapón humano hasta que entre gritos y codazos la dependienta de *La Esotérica*, logró llegar a ella y calmarla. Terminó vendiéndole cuatro velas con esencia de canela, un ojo macho y una estampita de la virgen del Socorro que, conforme a su experiencia, debería poner junto al San Antonio que ella acababa de ver en la tienda del chino: “Bien bonito, como de tres pies, pero debe apurarse antes de que alguien más lo compre”, le dijo.

Yadira pagó y caminó por el angosto pasillo rozando brazos, piernas, nalgas y canastas de peatones —que es la única forma de caminar ahí— sin poner atención en las otras mercancías. Cuando llegó a *El dragón dorado*, todavía veía borroso a causa de las lágrimas. Le preguntó al chino por la imagen de San Antonio y unos segundos antes de que éste se la mostrara, ella lo vio en la vitrina principal. Lo tocó suavemente con sus delgadas manos, le dio un beso en las mejillas y lo abrazó como si

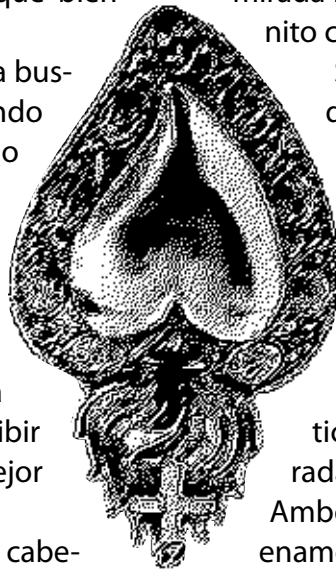
fuera el único sostén que le impediría caer al precipicio que sentía en su alma. Fue un amor a primera vista. Él, por su parte, le echó una mirada beatífica tan suya, que hasta al chinito conmovió.

San Antonio salió en brazos de Yadira, a la vista de todos los transeúntes, porque ella no quiso que se lo envolvieran. Bajo el sol, su aureola brillaba tanto que el resplandor bañaba a los dos dándoles un aspecto misterioso pero alegre. La gente les abría paso. Algunos se persignaban y se quedaban estáticos; otros, los siguieron hasta la parada del bus formando una procesión. Ambos se veían contentos, como dos enamorados camino al altar.

Al llegar a la casa, Yadira lo recostó en la cama y preparó un nicho entre la cocina y la estancia. La ubicación era estratégica. Podría hablar con él mientras realizaba las labores del hogar o zurcía la ropa que le llevaban a arreglar. Colocó el ajo macho y las cuatro velas adquiridas en Salsipuedes. Las encendió no sin antes hacerle saber que eran en su honor, por el puro gusto de tenerlo en casa y para que pudiera escoger bien, aún en las noches, a su futura pareja.

Cuando el olor a canela perfumó la pequeña vivienda, Yadira tomó a San Antonio nuevamente entre sus manos, le dio un beso y lo colocó en el nicho, tal como dicta la tradición, de cabeza, sin que éste dejara de sonreír o cambiara su beatífica mirada.

—Sólo mientras me cumples— le dijo ella y, por primera vez en mucho tiempo, tararé una canción.



Es mexicana. Desde el 2000 radica en Panamá. Tiene una especialidad en Diseño editorial. Ha sido publicada en varias revistas y en 2 antologías. Este cuento está tomado de **Taller de escapistas**, NUEVE ESCRITORES, NUEVE MUNDOS, 2006